

RODRIGO QUIRÓS:
LA CONCIENCIA DE LA SEPARACIÓN¹

Margarita Rojas G.

¿Puede tener la sangre altura?, ¿cuál es la distancia que establecería? "Es muy alto mi llanto. Florece en la ceniza de mi cuerpo, abriéndome, mostrándome que no soy carne estéril, sino un flujo de amor amenazado", responde, a la pregunta que lanza el título del libro, uno de los poemas.

Si la sangre es el hombre, de su distancia con lo Alto es sobre lo que discurre el libro póstumo de Rodrigo Quirós, *Altura de la sangre*. Y en la altura se coloca el interlocutor del hablante, aquel a quien se dirigen sus plegarias y sus requerimientos.

La palabra poética se vuelve un constante diálogo: consigo mismo, con la amada, con Dios y el padre del poeta fallecidos. Todos son sus seres amados y también comparten la condición de receptores de la conversación con el poeta. Porque el amor se entiende aquí en un amplio sentido: erótico, fraternal y filial, si bien en todos los casos se trata de un amor "herido", aunque "no se ha resignado a morir". La relación amorosa resulta entonces una difícil tarea para el amante, el hijo, el hermano; por eso los momentos que la marcan son principalmente la separación y el abandono.

Equivalencia de amor y muerte

La presencia del interlocutor y el tema del amor entendido como una imposibilidad o un amor no logrado, proponen una distancia, una separación, entre ambos sujetos: porque son distintos y porque están separados. Si el objeto amado está lejos en el tiempo o en el espacio, se subraya la dualidad entre Yo y el Otro. Y más aún si este último está muerto o pertenece a un orden sobrehumano. Así, el amor y la muerte se vuelven equivalentes al acentuar la distancia entre el hablante y su interlocutor.

La amada está lejos, inalcanzable en el tiempo de la desunión. Sólo la palabra logra conjurarla para que su presencia mantenga la vida. Porque, a pesar de la conciencia de la separación, todo el libro de Quirós está atravesado por una visión, si no optimista, por lo menos vital, es decir, de afirmación de la vida, de deseo de la unión, del encuentro.

Tal vez por eso la muerte no se entiende como un estado opuesto a la vida sino más bien de un momento distinto al presente y al pasado. Es, además, un allá, un espacio, ocupado por alguien distinto al hablante que se encuentra en el aquí, desde donde habla a ese otro.

Variedad de interlocutores

Tanto el amor como la muerte, entonces, plantean una distancia entre los sujetos, la cual explica la heterogeneidad de estos: en varios poemas el interlocutor es Dios y en otros, la amada. Frente a Dios, se halla el sujeto atormentado por la búsqueda; por esto es ciego y se presenta como una "hierba de soledad". No obstante, él trata de encontrar a su interlocutor divino no en las alturas sino entre los seres humanos, como un "bulto sombrío que vaga en el sueño"; también como "una ruta de nubes cadenciosas" y "un pedazo de pan lleno de barro". A veces Dios se ve como Jesús, es decir, como un hombre que sufrió en este mundo.

En algunos poemas el interlocutor es alguien cercano al hablante pero lejano porque ya ha muerto: el padre o bien otros poetas. En "Palabras a mi viejo" el poeta entabla una conversación con su padre muerto; con él se prefigura un encuentro, reunión en el tiempo futuro que será, sin embargo, como las reuniones cotidianas del pasado: "como el café que tomábamos juntos/ aquellas viejas tardes que pusimos en las manos del viento de este mundo". Con Jorge Debravo, la lejanía que impone la muerte despierta también el deseo del encuentro. También otro poeta es el interlocutor de "Voluntad amorosa". A partir del epígrafe

¹ Publicado en *Ancora, La nación* (San José, 28 febrero 1999) 7.

- "Yo no quiero morir enamorado"-, un verso de Jorge Charpentier, el hablante reflexiona sobre la muerte para concluir con una interpelación al otro poeta que establece la distancia frente a él, la distancia entre ambos.

El encuentro con los poetas y el deseo de reducir la distancia entre lo humano y lo divino resulta también en una visión del poeta como una especie de Cristo humano. Pues escribir poesía es un ruego, un intento de aproximación de ese otro lejano, Jesús, al aquí humano, la Tierra.

Lo cotidiano, punto de inflexión

Hay en el libro de Rodrigo Quirós otro tipo de distancia, esta vez entre el poeta y la poesía. La ironía y el humor, integrados a la reflexión sobre la escritura, protegen al texto de una solemnidad o seriedad excesivas, especialmente en relación con un asunto tan serio como la muerte; también lo cohesionan con lo cotidiano, otro tema importante del libro. La vida, el pasado, el amor primero, se representan no en términos abstractos sino mediante recuerdos de vivencias concretas.

La cotidianidad atenúa la distancia, esta vez entre el presente y el pasado, y porque la conciencia de la distancia es también conciencia de la injusticia. La distancia que separa al amante y la amada, el ser humano y Dios, el hijo y el padre muerto, impide la igualdad deseada en lo cotidiano y más humano, las necesidades sociales. El poema protesta entonces igualmente por la injusticia, que no es sino otra forma de separar a la persona de su pan cotidiano. La constatación de esa otra brecha obliga al poeta a la solidaridad con el Otro, lo cual reitera la idea de la poesía como reclamo a Dios y, al mismo tiempo, de necesidad de unión humana.

Premonición de la muerte

Varios poemas del libro se refieren a la muerte. En "Envío de silencios" el hablante dialoga con Dios sobre ese momento crucial. La muerte es "el combate postrero del silencio" y la vida, la posibilidad de la escritura. Tal vez por eso el interlocutor en la vida y la muerte es Dios y, de nuevo, el poeta es como Jesús: escribir significa dirigirse a alguien -el interlocutor-, el cual, representado en Dios, se convierte en una trascendencia de lo humano. Hablante e interlocutor reafirman así la desigualdad pero, al mismo tiempo, la súplica que es el poema ante la muerte cercana borra la distancia entre ambos anula la distancia. Por esto estar vivo equivale a hablar: al configurarse el poema como la súplica al Otro que colmaría esa distancia, la actividad de su escritura equivale a hablar con el Otro para intentar llenar el vacío que separa a ambos. En una alta tensión, la referencia a la muerte reitera profundamente el valor de la vida y, con ella, el acto mismo de la literatura.